

Ofensiva germanizante en España. ("La Publiidad", Barcelona, 10 abril 1918).



En Francia está ensañándose la ofensiva germánica. Y también, a su modo, se ha ensañado en España.

No nos referimos ni a los torpedeamientos impunes de buques españoles por los submarinos alemanes—torpedeamientos excusados si que es que no aplaudidos por nuestros troglodíticos sesinófilos que se dicen españoles—ni tampoco nos referimos a las revelaciones de "El Sol", de Madrid, sobre los tratos y contratos que las gentes de la Embajada alemana han tenido con anarquistas de España, y no decimos españoles porque los anarquistas profesan no tener patria. (Lo que no quita, ¡claro está! que puedan servir a otra en contra de aquella de que oficialmente dependen.) Empiézase a saber también que parte tuvieron los tudescos y los españoles atudescados en la precipitación de la huelga general del año pasado. Lo que no sabemos es si tuvieron alguna parte por muy indirecta que fuese, en su bárbara y desmedida represión.

Al hablar de ofensiva germánica en España nos referimos a la que preparaba e inició ya el dictador al dictado La Cierva, con ayuda de sus jenizaros todos, ofensiva que se proponía nada menos que un golpe de Estado, esto es: un golpe, contra el Estado y la inauguración de un régimen militarista e imperialista—aunque fuese sin Emperador—de terror e intimidación.

No queremos decir que el pretorianismo troglodítico que últimamente acaudillaba el paisano—que no civil—La Cierva, se propusiera romper la neutralidad de España a favor de los Imperios Centrales. Al llamarle germánica a esa ofensiva queremos decir que se ejercía a favor del germanismo, que no es precisamente a favor de Alemania, aunque se le parezca mucho.

Esa ofensiva germánica de los jenizaros que acabaron por encontrar su hombre en el paisano La Cierva se proponía germanizar a España tal y como esos trogloditas entienden la germanización.

Dicen que al conferenciar últimamente Maura con su antiguo ministro de la Gobernación, el de 1909, éste habiendo ya absorbido bastante "substancia militar" le dijo: "Usted ha venido a suplantarme en este momento, que es el mío. Conste que se me echa, que yo no me quería marchar de aquí."

¿Cuál era el "momento" del ex-futuro tirano, del que acaso se proponía, sostenido por sus jenizaros, hacer con el monarca lo que en la edad media hicieron en el Japón los shogunes con los micados reduciéndole a ser un instrumento en manos de una troglodítica y atudescada guardia pretoriana? ¿Qué quiere decir eso de "este momento, que es el mío"?

Dicen que el ex futuro Shogun salió de Madrid a Murcia, llorando. ¿Llorando de qué...? Fueron a despedirle a la estación algunos generales vestidos de paisanos—de paisanos, eh? que no de civiles—y además curas. Porque entre el clero troglodítico La Cierva era muy popular.

Y hay que leer ahora los diarios que aun defienden al ex futuro Dictador y los que se indignan de que comentemos su derrota diciendo que esto es querer avivar el fuego del rescoldo de las cenizas. Y así es. ¿O es que los redomados fariseos troglodíticos que redactan el "ABC", ese foco de infección incivil, creen que vamos a dormirnos y a dejar que los jenizaros preparen su desquite?

Hace años que se venía oyendo en España una frase terrible y de muy claro segundo sentido. La frase era esta: "¡aquí hace falta un hombre!" ¡Un hombre! ¡Cuando son tantos los hombres que hacen falta en España! Uno, por lo menos, en cada español. Y esa frase quería decir: "¡aquí hace falta un tío!" O si se quiere, un sobrehombre. Y al fin los jenizaros y los trogloditas, que son los que paladeaban esa frase, se encontraron con el hombre. El hombre, o más bien el tío, era La Cierva. ¡Lástima que no fuese alemán! Pero merecía serlo. Hasta alguien se creyó que sería el Bismarck español. Y el pobre hombre—porque en el fondo no es sino un pobre hombre, y acaso un vesánico—llegó a creérselo. Y recordando que Bismarck fué, si bien sólo de forma, militar, se propuso absorber lo más que pudiera de substancia militar. Echaba de menos el uniforme. Y en espera de que se le nombrase generalísimo—esto es: Shogun—honorario, capitán general "honoris causa", adoptó lo más que pudo a forma militar su uniforme de ministro. Y estaba aprendiendo, dicen, a montar a caballo. Aunque por dentro seguía siendo el abogado de siempre.

Y los jenizaros encantados con el abogado y con su abogacía. Porque es lo que necesitaban los jenizaros: un abogado. Necesitaban quien diese expresión con alguna apariencia de racionalidad a su instintivo germanismo, de origen puramente profesional mas no por esto intelectual. Es más aun; por profesionalismo aborrecen por lo común la intelectualidad y hasta la inte-

ligencia. Esta es su enemiga mayor. "El hombre que se siente inteligente—piensan y algunos de ellos lo dicen—es indisciplinado y rebelde, individualista y no mide a los demás según su graduación oficial."

Un amigo nuestro preguntó hace poco en cierta Academia oficial si a un hijo suyo que aspiraba a ingresar en ella le servirían de algo sus estudios de bachillerato. "¿Bachillerato?—le respondió desdeñosamente el jenizaro que dirigía la Academia—vamos a barrer todo eso y a acabar con Institutos y Universidades!" A este buen jenizaro se le escapó "ex abundantia iecuris" lo que muchos de su clase—no todos, claro está!—piensan.

El ex futuro Shogun en los discursos que ha disparado mientras ha sido ministro de la Guerra, y en los que despotricaba contra la civilidad y la civilización, ha revelado las más atroces doctrinas. Aspiraba a una "organización" atudescada de España de la que los mismos genuinos y auténticos tudescos se habrían de horrorizar si la conocieran. Porque no hay nada peor que las traducciones hechas de prisa, sobre todo cuando—como en este caso sucedía—el traductor no conoce la lengua de que traduce ni aquella a que traduce. Porque La Cierva y los jenizaros que le alzaban en andas ni conocen Alemania ni conocen Iberia. Y acaso el centro de los truchimanes, de los traductores, fuese cualquier peña de señoritos militarizantes y atudescados. Aquellas increíbles arengas abogadescas de La Cierva parecían hechas sobre notas que le hubiese dado Vázquez de Mella. Oían al trogloditismo germanizante y peñesco de este verbo de la incivilidad española.

¿Ha sido rota esa ofensiva germanizante de los jenizaros de La Cierva? Habrá que esperar para verlo. Pero ellos no se darán por vencidos. Y por nuestra parte no conviene perderlos de vista como si ahora el enemigo fuese otro. No nos vayan a coger por retaguardia y desprevénidos.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Retirado por la censura militar)

